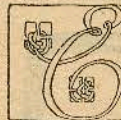


En el destierro  
1927

# ANTE EL CHIMPANCÉ

por  
MIGUEL DE UNAMUNO



Lotrodía volví al Jardín de Plantas, aquí, en París; volví a ver más que los animales que llamamos irracionales, más que las fieras, los hombres ante los animales. Los hombres y sobre todo los niños. Aunque entre los animales todo hombre se siente niño. Ante un oso, un bisonte, un hipopótamo el hombre siente resucitar en sí a su remoto antepasado, al hombre troglodítico, al hombre de las cavernas o de las ciudades lacustres. Ante la desnudez de arteficio del animal, el hombre se siente desnudo. O vestido a lo sumo con una piel de una de esas fieras con las que vivía en lucha en la niñez del linaje humano.

No hay para un niño espectáculo como el de una casa de fieras, de una *Menagerie*; es acaso el que más hondamente hiere su imaginación y el que más se la enriquece. Esa revista a los juguetes animados de Dios excita sus facultades creativas. Por algo en griego pintor se dice pintor de animales; por algo decimos pintar monos; por algo el hombre primitivo, el hombre de las cavernas, empezó dibujando, tratando de eternizar por el dibujo, por el arte, no a otros hombres, sino a animales: renos, ciervos, caballos... Y acaso todo artista del dibujo debería ejercitarse en dibujar animales y los más diversos — de tierra, de aire, de agua, anfibios — antes de ponerse a estudiar el desnudo del hombre.

El desnudo del hombre animal, de la fiera humana, se entiende. Porque quien quiera estudiar el desnudo espiritual del hombre, la desnudez de su alma, que vaya a contemplar a un chimpancé.

La jaula del chimpancé aquí, en el Jardín de Plantas de este París, está siempre rodeada de animales humanos, de hombres y mujeres, de niños y niñas. ¿Le tienen lástima? ¿Le admiran? Creo que en el fondo contemplando al chimpancé se sienten invadidos de una especie de melancolía, de la melancolía de la civilización. El espectáculo, en el fondo, me resulta triste; el espectáculo de los hombres, vueltos niños, contemplando al chimpancé que los contempla, al chimpancé enjaulado que les pide limosna de una golosina. Porque es de ver — cosa triste — cómo por entre los barrotes de su jaula saca el brazo y tiende la palma de la mano abierta para que le echen un cacahuete o un pedazo de pan. ¡Pobre mano de cuadrumano mendigo y enjaulado!



A las veces no le echan nada haciendo además de echarle

o una piedrecita, y entonces se va a cuatro manos — o a cuatro patas — y las gentes dicen que enfadado porque se le engañó.

¿Qué oscuros pensamientos remotos, qué lejanos recuerdos de antes de la vida, qué reminiscencias heredadas se despertarán en esos hombres que contemplan al chimpancé? Sin que esto suponga que tengan conciencia de un común origen, sin que esto suponga nada respecto a la doctrina del parentesco entre el hombre y el mono.

Dícese que dicen los negros que los grandes antropoides, el chimpancé, el orangután, el gorila, se niegan a hablar para que no se les obligue al trabajo. Pero aquí está el pobre chimpancé enjaulado sujeto al más triste trabajo, al de divertir al hombre y pedir limosna. Aunque, ¿le divierte? Antójaseme que el hombre sale triste de esa contemplación y no muy convencido de su superioridad, sino que más bien al verse en ese espejo deformado, en esa caricatura, siente su pequeñez. Ante el chimpancé el hombre en vez de engrandecerse empequeñécese.

También rodea numeroso público a la jaula grande de los monos pequeños, donde éstos juegan unos con otros y trepan y brincan. El chimpancé está solo.

En los recintos en que están encerrados otros animales, muchedumbre de pajarillos, de pajarillos libres, de gorriones, brincan y pico-tean acá y allá las migajas de lo que se les echa a aquéllos, pero no recuerdo que en la jaula del chimpancé hubiese de esos pajarillos que fueran a distraerle en su soledad. Aunque el pobre ermitaño harto tiene con mirar a los que le están mirando.

¿Cómo se dibujarán en su obscura y brumosa conciencia los hombres que le están mirando? ¿No le parecerá acaso el mundo de fuera, que no es la selva, que no es su selva originaria y natal, una gran jaula? Acaso de locos. Y si lograrse escapar ¿qué haría en este París? Al no encontrar la selva, su selva natal y originaria, seguramente que se volvería a su jaula. De no poder vivir en aquélla, vivir en ésta. Más preso se encontraría en París entero que en su jaula del Jardín de Plantas. Su jaula es al cabo un refugio.

Pienso volver a ir a ver al chimpancé por poco tiempo más que siga en este París. Y más ahora en que el furor de las danzas animalizadoras hace que el hombre se dedique a — digámoslo en francés — *singer le singe*, remedar al mono, o mejor *moucar* al mono.

